

mino de su promesa, sin ser reprendido por el papa ni por los cardenales. Ya se había despedido del santo padre, cruzado el Ródano y comido en la noble casa de San Andrés, que había mandado edificar el señor Napoleón de los Orsini de Roma, á fin de recibir allí al rey de Francia y á los demas príncipes. Ya había montado el rey á caballo para emprender el camino de París; habiendo suplicado el intrépido fray Andrés á los escuderos de los cardenales que le ayudaran á adelantarse hasta el freno del caballo del rey, pudo conseguir ponerse de este modo á su lado al salir de la casa. El religioso tenía larga la canosa barba, su aspecto era santo, y por respecto á su persona se detuvo el monarca. Entonces fray Andrés le dijo: *¿Eres tú aquel Felipe, rey de Francia, que prometiste á Dios y á la santa Iglesia ir con tu poderío á sacar de mano de los sarracenos la tierra en que Dios nuestro Salvador quiso derramar por redimirnos su sangre inmaculada?* El rey respondió afirmativamente, y el venerable religioso prosiguió de esta manera: *Si has resuelto eso y te propones continuarlo con una intencion y una fe pura, ruego á Jesus bendito, que quiso recibir por nosotros pasion en aquella Tierra Santa, que os guie á una completa victoria, para eterna prosperidad tuya y de tu ejército; que te conceda en todo su proteccion y ayuda; que te haga crecer por la gracia en bienes espirituales y temporales; de tal manera que seas tú, quien por la victoria, saques del oprobio al pueblo cristiano, humilles el error del indigno y pérfido Mahoma, limpies y purifiques el lugar venerable de todas las abominaciones de los infieles para eterna gloria tuya por Jesucristo. Pero si has comenzado y publicado esto, cosa que redunde en grave tormento y en la muerte de los cristianos que frecuentan aquellos países, sin tener la intencion perfecta en Dios de proseguir esta empresa, y si la santa Iglesia católica es de este modo engañada por tí, caiga sobre tu cabeza la ira de la indignacion divina, y sobre tu casa, y sobre tus descendientes y sobre tu reino; demuestre contra tí y contra tus sucesores, con evidencia para los cristianos, el azote de la divina justicia; y clame á Dios contra tí la sangre de los cristianos inocentes ya derramada sólo al rumor de semejante proyecto.* Turbado el rey de esta maldicion hasta lo más íntimo del alma, dijo al re-

ligioso: *Venid en nuestra compañía.* A lo cual fray Andrés repuso: *Si os dirigis hácia la tierra de promision en Levante iré delante de vos. Pero como vuestro viaje sea hácia Poniente os dejaré partir, y tornaré á hacer penitencia de mis pecados á aquella tierra que prometisteis á Dios arrancar de las manos de los sarracenos.»*

Aún tenía tanta autoridad el nombre de Jerusalen, que las palabras de fray Andrés sembraron la turbacion y la incertidumbre en el alma de aquel monarca poderoso, si bien distrajeron su atencion nuevas tempestades políticas. Aquellos que hagan memoria de Pedro el Ermitaño y de San Bernardo, yendo de una parte á otra miserablemente vestidos, á evitar los desastres de la ciudad santa, se sorprendrán á vista del contraste que presentaban los fastuosos preparativos hechos en Lila y en la córte de Felipe el Bueno, duque de Borgoña. Fiestas, diversiones de todas clases ahuyentaron de allí el fastidio de los caballeros que aguardaban á los demas. En el festin que se dió posteriormente por el duque de Cleves, una dama se subió á un tablado donde estaba el duque de Borgoña, y delante de él se postró de hinojos; despues de haberle ceñido una guirnalda de flores, anunció que dentro de diez y ocho dias daria el duque un banquete. Fué la magnificencia tal como cumplia á reunion tan brillante. Entre cada servicio se recreó á los convidados con intermedios que consistian en decoraciones, máquinas, figuras de hombres y de animales extraños, árboles, montañas, rios, con un mar cubierto de naves: todo mezclado de pájaros, de personajes y animales vivos, quienes representaban acciones. No se dice cuales eran las proporciones del salon, capaz de dar cabida á semejante muchedumbre de convidados, de espectadores, de actores y de máquinas.

Súbito se presentó un gigante vestido á la antigua usanza de Granada, conduciendo á un elefante sobre el cual se veía un castillo, donde habia una dama sumergida en llanto y vestida de luto. Cuando llegó al centro del salon ordenó al gigante que hiciera alto, y no obedeció hasta que hubo llegado delante del duque. Entonces, la prisionera, que representaba la religion, expuso en una larga queja, en verso, la opresion á que estaba sujeta por parte de los infieles, deplorando la lentitud de los que

debían prestarle ayuda. Precedido el heraldo del Toison de Oro de una inmensa comitiva de oficiales de armas, llevando en el puño un faisán vivo, y sobre el pecho un collar de oro enriquecido con perlas y pedrerías, se adelantó hácia el duque, presentándole dos damas acompañadas de un caballero de esta orden cada una de ellas, y ofreciéndole el ave en nombre de aquellas damas, las recomendó á su patrocinio. Despues de haber escuchado el duque al heraldo le entregó un billete, que leído en alta voz contenia el voto hecho á Dios, á la Virgen Maria, á las damas y al faisán, de batallar contra los infieles; todos los asistentes respondieron con votos semejantes, imponiéndose penitencias ó proezas. Este se obligaba á no dormir más en el lecho; aquel á no comer pan á manteles; otros prometieron abstenerse de vino ó de carne; otros no quitarse la armadura ni de dia ni de noche ó vestirse de un paño burdo y de un sayo hasta llevar la empresa á feliz remate.

Vióse aparecer, por último, una dama vestida de blanco, cuyo nombre, trazado en la espalda era *Gracia de Dios*; llegaba á dar gracias á la asamblea, á la cual presentó doce damas figurando las virtudes, cuyo nombre mostraban tambien escrito en la espalda y debian ser compañeras de la expedicion, á fin de asegurar su éxito venturoso. Eran la Fé, la Caridad, la Justicia, la Razon, la Prudencia, la Templanza, la Fuerza, la Verdad, la Generosidad, la Diligencia, la Esperanza, el Valor. Despues de haber leído cada una de ellas una estrofa en armonía con su papel, empezaron á ejecutar danzas, que añadieron mucho al esplendor de aquella fiesta.

¡Véase por qué medios se queria conseguir la libertad de la Tierra Santa!

Al parecer se inflamaron los ánimos cuando los turcos otomanos ocuparon la Grecia (1453), y se apoderaron de Constantinopla, amenazando de cerca la Alemania y la Italia. Eatonces excitaron los poetas más vivamente que nunca á los príncipes á arrebatar á la feroz Tracia su injusta presa; los papas proclamaron la cruzada é hicieron grandes preparativos; todos los potentados de Europa prometieron su ayuda y ninguno de ellos cumplió su palabra. Sin embargo, no sólo hervía en la mente de las gentes de imaginacion exaltada la idea de la ex-

pedicion á Oriente, y hasta cuando en la política se substituyó la opinion al sentimiento, las necesidades calcadas de esta política no habían ahogado, á pesar de todo, las antipatías populares contra el turco. Bacon de Veruliamo componia un tratado de *Bello Sacro*; Mazarino le daba setecientas mil libras para la guerra contra los musulmanes; el sábio Job Ludolf y Herman Couring, consagraban á este asunto graves meditaciones, no ménos que el fanático Desmarets de San Sorlino. El célebre padre José, capuchino, consejero de Richelieu y uno de los políticos más despreocupados, componia sobre esta materia un poema latino que Urbano VIII denominaba la Eneida cristiana; el elector de Maguncia, Felipe de Schonborn, se hacia el campeón de la guerra santa, impulsado á este camino por dos insignes talentos, Cristian de Boineburgo y el ilustre Leibnitz.

Este último tuvo empeño por largo tiempo en determinar á los príncipes de Europa á hacer la guerra á los turcos (1670), en vez de desgarrarse unos á otros, y especialmente aspiró á persuadir á Luis XIV que hiciera la conquista de Egipto, cuya importancia le señalaba. Despues de haber bosquejado un plan de reorganizacion política para Alemania, su patria, añadía: «Entonces Europa disfrutará reposo, cesará de desgarrar sus propias entrañas, y fijará su atencion allí donde se puede adquirir en buena conciencia y de un modo grato á los ojos de Dios, tantos hombres, victorias, ventajas, riquezas. Entonces ya no se disputará para arrancar á otro lo que le pertenece, sino que se porfiará sobre quién gana más al enemigo hereditario, y cada cual se esforzará por extender, no sólo su propio reino, sino tambien el de Cristo. Si la Suecia y la Polonia hubieran vuelto contra esos países bárbaros las fuerzas que han dirigido una contra otra, ¿no hubieran penetrado la primera en la Siberia y la otra hasta el Táurida? Supongamos que el emperador, la Polonia y la Suecia se adelantan paralelamente sobre los bárbaros, y aspiran á ensanchar los limites (*pomeria*) de la cristiandad, sin tener otros designios que les aparten de esta empresa, sin dejar detrás de sí enemigos que les infundan temores. ¡Cómo se manifestaría la bendicion de Dios en favor de la justa causa! Por otra parte, la Inglaterra y la Dina-

marca se hallan en frente de la América del Norte, y de la del Sur la España, y Holanda en frente de las Indias Occidentales. La Francia está predestinada por la Providencia para guiar los ejércitos cristianos á Levante, para dar á la cristiandad los Godofredos, los Balduinos y especialmente los San Luis que invaden el Africa, situada en frente de ella; para destruir aquellos nidos de piratas, y para atacar á Egipto; se halla este país muy bien situado; no carece de hombres ni de dinero para enseñorearse de esta comarca mal armada... Véase un medio de adquirir eterna gloria, conciencia tranquila, universales aplausos, victoria segura, inmensas ventajas. Entonces se cumpliría aquel deseo del filósofo, reducido á que los hombres no hagan la guerra más que á los lobos y á las fieras, á quienes hasta ahora han podido ser comparados los bárbaros y los infieles.»

Leibnitz desarrolló tanto por escrito como de viva voz estos pensamientos; se dirigió á los príncipes y á los ministros, para inducirles á que apoyaran cerca del gran rey los consejos que debían halagar su ambición, y los medios de ejecución que se proponía; pero la política se ocupaba en pensar y ya no sentía; así Leibnitz oyó al ministro Pomponne darle por respuesta: *Tocante al proyecto de una guerra santa, bien sabéis que desde el tiempo de San Luis han cesado de estar en moda.*

De consiguiente, habremos de creer puesto que nuestros profundos políticos así lo quieren, que la duración de este inmoral poder es necesaria al bien de Europa. Si hemos traído á la memoria los ensueños de hombres de mente moral y grave, lo hemos hecho para demostrar que se debería reflexionar más de una vez en ello antes de calificar á las cruzadas de delirio de fanáticos é ignorantes.

#### CAPÍTULO IX

Consideraciones sobre las cruzadas.

Cuando se nos habla de la sangre prodigada en las cruzadas, no se entiende, sin duda, ponerla en comparación con los torrentes de ella que derramaron los antiguos romanos, con toda la que corrió en las guerras dinásticas del siglo pasado para la sucesión de España y de Austria, ó en los veinticinco años que siguieron al de 1789. Pero ¿qué diferencia entre unas

guerras y otras! En las de los romanos se veía á una nación que, impulsada por sus jefes, iba á conquistar la patria de otros pueblos para hacerlos esclavos, ó avasallarlos á fin de imponerles las leyes y los usos de los vencedores. En las guerras modernas se vé á hombres á quienes se arranca por fuerza de sus hogares, para dar y recibir la muerte sin saber la causa. En las cruzadas toda la Europa se levanta como un sólo hombre, y corre en el ardor de un celo voluntario á emancipar á sus hermanos de un yugo que les oprime, y á salvar á los infieles del infierno y á adquirir una eterna recompensa.

No fué el concilio del Clermont el promotor de aquellas empresas, sino el efecto de la opinión pública; así como la Asamblea constituyente no fué la que produjo la revolución francesa, sino la que dió testimonio de que existía. Con efecto, basta observar cuál era el sentimiento general entonces. Cruzarse se consideraba como una deuda con que cada uno se creía obligado respecto de Jesucristo; las ciudades enviaban batallones enteros; los príncipes hacían dinero tomándolo prestado, ó vendiendo sus dominios; el barón enajenaba sus feudos; el poeta esperaba ganar allí la celeste corona; el monje la palma gloriosa de la perseverancia en la fé. La doncella, el anciano, la religiosa, no se espantaban ante los mil peligros que había que arrostrar en la empresa. Estaban exentos los cruzados de los derechos de peajes; en los contratos de matrimonios se reservaban los nobles la facultad de cruzarse; la mujer podía impedir á su marido encerrarse en un monasterio; pero no tomar la cruz, ni aún cuando dejara hijos en la infancia. El que no sabía cómo libertarse de un enemigo mortal, el que quería obtener la indulgencia de la Iglesia por sus culpas, se apresuraba á cruzarse; ricos y magnates creían ganar en méritos cuando los males que tenían que padecer los ponían al igual con sus más humildes compañeros.

Millares de estos devotos peregrinos habían prestado juramento de no regresar á su patria hasta que hubiesen libertado la Tierra Santa; ahora bien, todo el que faltaba á un voto, no era ya reconocido por la Iglesia como uno de sus hijos; quedaba vil á los ojos de los hombres de honor, al par que el que caía sobre

aquella tierra bendita era honrado como un mártir.

Sostenidos por la caridad pública, los peregrinos cantaban alegremente á la tierra prometida, á la patria del Salvador, á la comarca que había dado cuna á los santos Padres, al teatro de la reconciliación con Dios; y si mil de ellos perecían, los otros bendecían al Señor porque tantos nuevos testigos de su fé habían subido al cielo. Llámese á esto, si se quiere, error, ignorancia, locura; no por eso será menos cierto que un pensamiento de gloria, de porvenir, de santidad, nació del centro de aquellas agitaciones del feudalismo; era el primer fulgor de lo bello y de lo infinito que resplandecía entre los ejércitos y entre los pueblos. En aquella turba que se arrojaba á la muerte para alcanzar el triunfo de lo que creía la buena causa y la verdad, hasta se descubre una preparación de los tiempos y ¡ojalá estén cercanos! en que no se haga la guerra sino con la mira de la paz.

Todo inducía á creer que Constantinopla, la primera amenazada por los ejércitos musulmanes, ayudaría con todas sus fuerzas á la empresa que sin duda se hubiera llevado á cabo; pero al revés, fué necesario mantenerse de continuo en guardia contra la amistad desleal ó contra la hostilidad insidiosa de los griegos. A lo menos la justicia de las cruzadas estaba en conformidad con las ideas del tiempo. Se consideraba á los musulmanes como á otros tantos enemigos de la fé, ocupados en extirparla en todos los lugares con las armas, con los suplicios, con las doctrinas, desde las orillas del Ebro hasta las del Éufrates, y los cristianos se creían obligados á socorrer á sus hermanos, y á reprimir la tiranía del islamismo; como amigos del imperio de Oriente, debían ayudarle á recuperar sus provincias perdidas; como herederos de los derechos y de los agravios de sus padres, tenían que pedir cuenta de los padecimientos á que se les había sujetado, y que reconquistar las tierras que les habían sido usurpadas.

Los príncipes y los papas, que guiaban ó aconsejaban á las masas, conocían las nuevas amenazas de los árabes que habían ocupado la España, asaltando hasta la capital del cristianismo, infestando la mitad de Italia, penetrado

en Francia, y sabían que toda guerra hecha con detrimento de los cristianos, era santa á los ojos de los sarracenos. No diremos que haya justicia en salvar al mundo de la barbarie, en defender la religión, el pudor de las mujeres, su libertad propia ó la ajena; estos son sentimientos, y en este siglo de cálculo mueven á mofa; pero ¿no tiene toda sociedad el derecho de defender su propia existencia? Y si se encomia á Escipión, que va á herir en el corazón á la rival de Roma, ¿por qué no se ha de alabar también á los príncipes *ignorantes*, y á los papas *fanáticos* de la edad media que enviaron tropas á combatir á orillas del Jordán y del Nilo, por una querrela que de otro modo se hubiera decidido, sin duda alguna, junto al Danubio ó el Sena?

Nuestra época comprende mal el entusiasmo, desde que se ha acostumbrado al extraño espectáculo de ver la Europa armarse para sostener el imperio musulmán, que ya no tiene comercio, industria ni agricultura, ni moral, ni religión, y que no conserva un residuo de vida sino porque las potencias vecinas no están acordes sobre el modo de repartírselo. Nuestros tiempos son de seguro mucho más ilustrados; pero concedamos también á aquellos su parte de razón, y veremos que su modo de proceder era aconsejado tanto por la política de los gabinetes, como por la convicción entusiasta de los pueblos, que en su necesidad de esparciar una superabundancia de fuerza, de sentimiento, de actividad, como en la persuasión de rendir homenaje á Dios quitando la vida á sus enemigos, se arrojaban sin orden sobre ellos, sin prevision, confiando en el Dios que sustentó á Israel en el desierto. De aquí su facilidad en ver por todas partes prodigios y hechos sobrenaturales; de aquí aquellas revelaciones y aquellas frecuentes apariciones divinas que recuerdan involuntariamente las narraciones de Plutarco y de Tito Livio, y aquella intrépida seguridad de alcanzar la palma de los mártires, que hacía arrostrar el hambre, el hierro, la fatiga y la miseria, cantando himnos al Señor, y sin otro pesar que el de no poder espirar con los ojos fijos sobre la Tierra Santa. Por eso las costumbres y los sentimientos nos parecen más dignos de estudiar que los hechos en aquel triunfo de la re-